

Tampoco durmió, ni pensó siquiera en acostarse: pasó la noche, ya asomado á la ventana para que la brisa refrescase su enardecida frente, ya cruzando con paso desigual por el aposento.

Desde que amaneció, contó las horas con una angustia indecible, hasta que dieron las diez: ya estaba vestido, y abriendo la puerta de su habitacion, salió de ella para dirigirse al salon.

Le habian servido el desayuno en su cuarto; pero ni aun lo habia visto, y lo dejaba sin haberlo siquiera tocado.

IV.

Un instante despues de entrar Benedicto en el salon, llegó Lord G.

El aspecto de éste, era preocupado, huraño y receloso: estaba indignado con todos, y hasta consigo mismo.

La edad le habia vuelto iracundo, dominante, y mucho más ambicioso de lo que jamás lo habia sido: conocia que iba á cometer una mala accion, y se sublevaba al mismo tiempo de que pudieran echársela en cara.

—Caballero, dijo á Benedicto; me veo precisado á tener con Vd. una explicacion muy grave, puesto que de ella depende el porvenir de mi hija.

—La explicacion, Milord, solo puede venir de parte de Vd., y por lo tanto, la espero, respondió el jóven con una altanera dignidad; yo, añadió, no tengo qué explicar nada: vengo á reclamar la mano de María, que me fué prometida hace seis años, y nada más.

—Es que pudiera ser, caballero, repuso Lord G., que la palabra dada al niño, no pudiera yo cumplirla al hombre.

—¿Y por qué causa?

—Por algunas que voy á decir á Vd.

Benedicto quiso responder, pero sin duda sus labios, contraidos, iban á dejar escapar palabras muy duras; se contuvo, y tomó una postura, que, si bien era muy altanera, daba á conocer que escuchaba.

Lord G. prosiguió de esta suerte, con acento breve y duro, como si se hubiera indignado de sus propias razones:

—Yo di mi palabra concediendo la mano de mi hija, á un moribundo, deseoso de suavizar sus últimos momentos; luego el moribundo recobró la salud, fué un hombre robusto, fuerte, y desapareció el principal motivo de mi generosidad y desprendimiento.

—Ese hombre ha muerto, sin embargo, repuso con acento lúgubre Benedicto.

—Es cierto, murió; ¿pero habia de ser eterno acaso, para obligarme á sostener mi palabra? No murió en aquella ocasion, murió despues de

otra enfermedad que Dios quiso enviarle; pero ha muerto, y eso me releva de mi promesa.

—La palabra de un caballero no se desempeña de otro modo que cumpliéndola, repuso Benedicto con frialdad. María me pertenece, Milord; Vd. me la ha ofrecido.

—Demos esto por supuesto, contestó Lord G., y respóndame Vd. ahora: ¿tiene Vd. con qué mantener á mi hija segun el rango en que ha nacido y en que ha sido educada?

—¡Caballero! me parece que esas consideraciones son de mi cuenta; respondió con amargura el jóven.

—No son si no de la mia en la ocasion presente, amigo mio, repuso el embajador, dulcificando un poco la voz, pues conocia que iba ganando terreno; de la mia, que soy su padre: eso es lo que sucede todos los dias, nadie entrega una hija hermosa, única, adorada y muy rica, sin asegurarse de su porvenir; con que es menester que me diga clara y categóricamente, con qué cuenta para mantener á María.

Benedicto no respondió, bajó la cabeza, y pareció como que devoraba el exceso de su humillacion y de su dolor.

—Señor, dijo, puesto que es necesario que hable, hablaré: no soy rico, mi arte hasta hoy nada me ha dado: ¿para qué? yo no necesitaba de mucho para vivir; ahora que tengo que trabajar para María, tendré tambien buen ánimo,

alcanzaré gloria, conseguire hacer mi nombre grande; hasta entonces tengo una renta regular que nos dará para vivir; porque yo no quiero á María rica, no; la quiero pobre, sin nada; quiero que todo me lo deba á mí.

—Caballero, repuso Lord G. con una frialdad que hacia el contraste más doloroso con el entusiasmo de Benedicto: mi hija no puede ser por ahora su esposa de Vd.

El jóven no contestó nada al pronto: hubiérase dicho que no comprendia las palabras del embajador: pero dió un salto atrás, y llevó su mano al corazon, como si hubiera recibido en él una profunda herida.

—Necesito casar á María con un hombre de posicion elevada, de fortuna, al mismo tiempo que cuantiosa, independiente: pero todavía es muy jóven, y Vd. tambien: por lo mismo, tiene Vd. tiempo de adquirir uno y otro: márchese Vd., amigo mio: si la ama, si la desea por esposa, Vd. hallará lo que yo ambiciono, lo que necesito, lo que quiero para ella.

—Y qué, caballero, repuso el jóven con amargura: ¿es así como cumple Vd. las promesas hechas á mi padre? ¿Es este el resultado de su buena amistad? ¡Ah, mi pobre padre, al bajar á la tumba, no podia prever que su hijo habia de ser tan desgraciado!

—No es culpa mia, si á los veinte años vive usted en el mundo sin profesion conocida, re-

puso duramente Lord G. Yo no he sido quien se la ha arrebatado, pero soy quien la necesita para su hija: vaya Vd. á buscarla, aunque ya es algo tarde; prometo guardarle cinco años la mano de María.

Benedicto bajó anonadado la cabeza: gruesas gotas de helado sudor brotaban de su frente: el llanto de la desesperacion corría por sus mejillas.

De repente la rubia cabeza de María se asomó por entre las cortinas de la puerta: creyendo ya terminada la entrevista, iba al salon por su bordado, que habia quedado allí desde la noche anterior.

Benedicto estaba sentado de espaldas á la puerta; Lord G. hablaba entonces, pero en voz baja: creyó, pues, que podia entrar sin que fuese notada su presencia, y se adelantó con paso ligero.

Al pasar junto al jóven, le dirigió á hurtadillas una mirada, y vió que estaba pálido y que lloraba.

Entonces se detuvo junto á él, le puso su manita sobre el hombro, y le preguntó con su dulce voz.

—¿Por qué lloras? Benedicto.

Este levantó la abatida cabeza, y tomó entre las suyas la pequeña mano, que aún permanecía en su hombro.

—María, le respondió atrayéndola hácia él,

lloro por que segun dice tu padre, no soy bastante rico para que seas mia.

—No te entiendo, balbuceó María asombrada: ¿acaso para casarse se necesita ser ricos?

—Dicen que sí.

—¿Quién lo dice?

—¡Tu padre!

—¡Oh no! respondió la niña meciendo la cabeza con una ingenuidad, que no por ser encantadora, dejaba de ser muy triste: no es mi padre quien piensa eso, ni mi madre ménos, ni tampoco mi tia Arabela: ¡es mi hermano!

—Hija mia, dijo Lord G. severamente, retírate.

—Pero, padre, ¿por qué llora Benedicto? exclamó María cada vez más angustiada; ¿y cómo me he ir viéndole llorar?

—Yo me asombro tanto como tú de ese llanto, hija mia, respondió el anciano: las lágrimas sientan bien en las mujeres, no en los hombres: ahora no debe llorar, sino alejarse de aquí al instante, y trabajar para merecerte.

—¡Quién no siente derretirse en lágrimas su corazon, al ver destruidas todas sus esperanzas de dicha! exclamó el jóven: perdon, señor, añadió levantándose con entereza: ya me voy, y no me quejo: soy pobre, ya lo sé; pero si hubiera sabido que esto impedia el cumplimiento de una promesa sagrada, hubiera venido rico á buscarla, ó no hubiera venido.

puso duramente Lord G. Yo no he sido quien se la ha arrebatado, pero soy quien la necesita para su hija: vaya Vd. á buscarla, aunque ya es algo tarde; prometo guardarle cinco años la mano de María.

Benedicto bajó anonadado la cabeza: gruesas gotas de helado sudor brotaban de su frente: el llanto de la desesperacion corria por sus mejillas.

De repente la rubia cabeza de María se asomó por entre las cortinas de la puerta: creyendo ya terminada la entrevista, iba al salon por su bordado, que habia quedado allí desde la noche anterior.

Benedicto estaba sentado de espaldas á la puerta; Lord G. hablaba entonces, pero en voz baja: creyó, pues, que podia entrar sin que fuese notada su presencia, y se adelantó con paso ligero.

Al pasar junto al jóven, le dirigió á hurtadillas una mirada, y vió que estaba pálido y que lloraba.

Entonces se detuvo junto á él, le puso su manita sobre el hombro, y le preguntó con su dulce voz.

—¿Por qué lloras? Benedicto.

Este levantó la abatida cabeza, y tomó entre las suyas la pequeña mano, que aún permanecia en su hombro.

—María, le respondió atrayéndola hácia él,

lloro por que segun dice tu padre, no soy bastante rico para que seas mia.

—No te entiendo, balbuceó María asombrada: ¿acaso para casarse se necesita ser ricos?

—Dicen que sí.

—¿Quién lo dice?

—¡Tu padre!

—¡Oh no! respondió la niña meciendo la cabeza con una ingenuidad, que no por ser encantadora, dejaba de ser muy triste: no es mi padre quien piensa eso, ni mi madre ménos, ni tampoco mi tia Arabela: ¡es mi hermano!

—Hija mia, dijo Lord G. severamente, retírate.

—Pero, padre, ¿por qué llora Benedicto? exclamó María cada vez más angustiada; ¿y cómo me he ir viéndole llorar?

—Yo me asombro tanto como tú de ese llanto, hija mia, respondió el anciano: las lágrimas sientan bien en las mujeres, no en los hombres: ahora no debe llorar, sino alejarse de aquí al instante, y trabajar para merecerte.

—¿Quién no siente derretirse en lágrimas su corazon, al ver destruidas todas sus esperanzas de dicha! exclamó el jóven: perdon, señor, añadió levantándose con entereza: ya me voy, y no me quejo: soy pobre, ya lo sé; pero si hubiera sabido que esto impedia el cumplimiento de una promesa sagrada, hubiera venido rico á buscarla, ó no hubiera venido.

—¿Qué es esto? ¿te vas, Benedicto? exclamó con terror sumo la doncella, ¿y á dónde? ¿cuándo? Mamá me habia dicho que ya no te separarías más de nosotros.

Benedicto no pudo responder; el llanto, la afliccion le ahogaban; por fin, hizo un esfuerzo supremo, asió las manos de María, y exclamó con voz enronquecida:

—¡Adios!

—¡Pero Dios mio! ¿Qué es esto? ¿á dónde marchas? ¿cuándo volverás?

—Dentro de cinco años, respondió el jóven; á contar desde hoy, dentro de cinco años, María: entonces serás mi esposa y no habrá poder humano que me separe de tí!... espérame y confía en mi amor... no oigas á quien te hable en contra mia... no creas que nadie puede amarte mas que yo... yo volveré... yo volveré... ¡adios!

Salió, dichas estas palabras con voz ahogada y ronca. María, yerta de espanto ante aquella inmensa desesperacion, muda de estupor, le siguió con una mirada angustiada y desgarradora, le vió cruzar corriendo las anchurosas antecámaras, y le vió desaparecer á través de la última mampara.

Entonces corrió tras él y le llamó con voz lastimera:

—¡Benedicto!... ¡Benedicto!...

Nadie respondió á sus voces. María escuchó

con ansiedad, oyó cerrar la puerta de la escalera, y comprendió que Benedicto salia á la calle.

Entonces abrió el balcon del salon donde estaba y salió á él: se ahogaba, nada comprendia de lo que pasaba allí, pero sentia que algo se arruinaba en derredor suyo que le haria falta para vivir, que algo de terrible tenia lugar en su destino.

La angustia con que sacudia su frente, que se abria de dolor, y la velocidad de la carrera con que habia seguido á Benedicto, habian desatado sus cabellos, que flotaban por su espalda; una dália blanca, que habia estado prendida en ellos, se cayó sobre su pecho.

En aquel momento vió salir á Benedicto con lento paso, se detuvo bajo del balcon, y alzó á él sus ojos llenos de tristeza.

María le arrojó la blanca flor que habia adornado sus rubias trenzas.

—¡Adios, Benedicto! le dijo luego con una voz llena de lágrimas: ¡adios... piensa en mí... como yo pensaré en tí!

El jóven tomó la flor, la besó, y la guardó en su seno: luego miró al balcon por la última vez; y como si hubiera querido huir de sus pensamientos, echó á correr á lo largo de la calle.

María le siguió con una mirada de angustia, y luego cayó desplomada, y presa de un desmayo profundo.

V.

Las cuatro de la tarde de aquel mismo día serían, cuando se hallaban María y su madre en el cuarto de la primera.

La joven ocupaba un hermoso gabinete dentro de una salita muy linda, que era la habitada por su tía Miss Arabela.

El cuarto de María estaba todo vestido de blanco, con algunos matices de rosa pálido, que le daban un encanto y una frescura indecibles.

Delante del balcón, y pendientes de una flecha dorada, caían una cortina de seda blanca y otra de seda rosa, con cordones muy gruesos de seda, que terminaban en borlones, de los dos colores indicados.

Un lecho dorado, pequeño y primoroso, ocupaba el frente, separado del resto de la pieza por delgadas columnas: aquel lecho estaba vestido y decorado con un gusto admirable.

Las sábanas de batista, guarnecidas de encajes finos y delicados como la espuma del mar, se doblaban sobre una colcha de seda rosa, guarnecida á su vez de blonda blanca: las almohadas tenían un trasparente rosa.

Las cortinas del lecho eran de tafetan blanco, con blondas blancas, y sostenidas por una

corona de plata: á los lados se recogían con gruesos cordones de seda rosa como los del balcón.

Había allí también una cómoda de marfil, obra admirable de la paciencia de los chinos, y que había sido un regalo hecho á Cármen por un mandarin de aquella nación, que la había conocido en Lóndres.

Las sillas eran de marfil con asiento de raso blanco, bordado con ramilletes de rosas, é igual era la tapicería que cubría las paredes.

La mesa de tocador de María, regalo de su hermano, era toda de plata, y de plata era también el marco colosal que encerraba el espejo ovalado, y sostenido por guirnalda de flores.

Nada más fresco, más hermoso, más encantador, que aquella habitación virginal: tenía chimenea, cerrada á la sazón por una primorosa pantalla de seda blanca, y sobre ella había un reloj de mármol y bronce, que representaba á Santa Cecilia tocando el órgano: á los dos lados del reloj, y colocados en hermosas copas de porcelana blanca y rosada, se veían dos gruesos ramilletes de frescas rosas.

Rodeando el aposento había un florero semicircular de acajú, lleno de flores inodoras, como lirios de Inglaterra, camelias y dalias de todos los colores: pero de estas últimas flores, había blancas en gran abundancia.

Acostada en el lecho se hallaba María; el

calor era excesivo, y por esta causa estaban cerradas las persianas del balcón, y corridas además las cortinas, dejando la pieza en una semi-oscuridad.

En medio de aquel centro sombrío, se destacaba la seductora cabeza de María, recostada sobre las almohadas, y la bella figura de su madre, sentada á la cabecera del lecho.

Cármen tenia entre sus manos una de las de su hija, que estaba temblorosa y fria.

La jóven estaba muy pálida, sus párpados caídos, destacaban su oscura sombra sobre sus blancas mejillas.

De vez en cuando, una lágrima ancha, ardorosa y desconsolada, salia de sus ojos y descendia hasta su seno.

Su parasismo nervioso habia durado hasta muy poco hacia: los desmayos se habían repetido con una frecuencia aterradora, y hasta alcanzarse uno á otro: pero aquellas gotas de llanto, habian aliviado algun tanto aquel pobre organismo, tan gravemente herido.

¡Vamos, hija mia, valor! dijo Cármen abrazando á su hija, y besándola en la frente: ¡valor, al ménos, hazlo por mí!...

—¡Oh, madre mia! suspiró la doncella: si tu hubieras estado allí, y le hubieras visto llorar y gemir!

—Ojalá hubiera estado, ¡pobre angel mio! pero ¿quien podia prever lo que ha sucedido?

Creyendo á Benedicto entregado al descanso, me fui á misa segun mi costumbre, y entretanto... ¡Oh, Dios mio, solo de pensarlo me estremezco! ¡te has hallado sola entre los dos! ¡tú, pobre hija mia, que nada sabes aún de las pasiones de la tierra!

Lady G. volvió á abrazar á su hija, y despues de una pausa continuó:

—Vamos, hija mia, es preciso tener ánimo: es preciso ante todo no irritar á tu padre, si no desarmarle con una obediencia completa y absoluta; es preciso ponerle de tu parte.

María sacudió tristemente la cabeza, como si todo en el mundo la fuese ya indiferente.

Su madre hizo un supremo esfuerzo, y prosiguió:

Es preciso que esta noche vengas al baile conmigo.

—¡Oh! exclamó María asombrada; ¡al baile yo!

—Es preciso, hija mia: tu padre ha decidido presentarte hoy en el mundo.

—¿Pero, madre mia, no ves que estoy enferma?

Si lo veo: pero creo que la distraccion te curará: á tu edad, amada mia, las penas son tan pasajeras como las nubes de verano, y el sol de la dicha nace de nuevo á cada instante y con mayor esplendor.

—¡Mamá de mi alma, dijo la jóven con voz

triste y cariñosa; solo de oír hablar de baile me dan ganas de llorar: oh si él no se hubiera marchado, y hubiera venido con nosotras, entonces sí que iría yo contenta!

—Dios no lo quiere, hija mia.

—¡No, no! repuso con ímpetu la jóven; ¡no es Dios quien no lo quiere! ¡es mi hermano, mi hermano! ¡es Osvaldo... sí! ¡él es el que se opone á nuestra union!... Muchas veces le he visto hablar en voz baja y animada con mi padre señalándome á mí... él es el ambicioso, él es la causa de todas nuestras desgracias!

Cármen calló: parecia reflexionar profundamente en las palabras de su hija, y en su hermoso semblante aparecieron al fin los rasgos de una dolorosa conviccion. Sin embargo, deseosa de distraer á su hija de sus tristes pensamientos, respondió:

—Es verdad, que Osvaldo es ambicioso...

—¡Oh! y tanto como lo es, exclamó María dolorosamente.

—No es ménos cierto que ejerce una gran influencia en el ánimo de tu padre, cuya predileccion hácia él es muy marcada, y que en él funda todas sus esperanzas de engrandecimiento para la familia: pero, dime, hija mia, ¿no crees que yo tambien puedo algo con tu padre? ¿no crees que mis ruegos alcanzarán alguna ventura para tí?

María meció tristemente la cabeza: su ma-

dre iba á seguir hablándola, pero en aquel instante dieran un golpecito muy discreto á la puerta.

—Adelante, dijo la Lady G.

Abrióse en efecto, y asomó por entre los pliegues de la portier, la cabeza amarilla de Miss Arabela.

—¿Duerme la niña? preguntó en voz baja:

—No, respondió Cármen: puedes entrar, hermana.

La señorita Arabela, entró en efecto, y detrás de ella apareció una camarera, que traía una gran caja de carton en las manos.

—Pon eso sobre el velador, pero con el mayor cuidado, dijo Miss Arabela á la criada.

—Asi... más derecho... bien está: ahora vete.

La criada salió.

Miss Arabela, no estaba vestida con la suntuosidad que la noche anterior, para recibir al pobre Benedicto, tan pronto arrojado de aquella casa.

La base del carácter de la solterona, eran una economía extrema y una aficcion decidida al órden más perfecto: así era que sus vestidos no se gastaban, ni se echaban á perder jamás.

Trajes tenia Miss Arabela que contaban veinte años de existencia, y que aún conservaban el brillo del dia que se habian sacado de casa de la modista: ya he dicho que los llevaba cortos para que no se manchasen al rozar con

el suelo, y ahora debo añadir, que los llevaba también estrechos, para que no chocasen en las puertas y en los muebles, perdiendo su brillo y su frescura.

Así es, que las modistas y los comerciantes tenían con ella poquísima ganancia: los primeros doce vestidos que su madre la había hecho para presentarla en el mundo, duraban todavía: más aún, estaban casi nuevos.

A las cinco de la tarde, tenía puesto un vestido de seda verde mar, con volantitos tirados de encaje negro, muy estrechos, y que subían hasta cerca de la rodilla; el objeto de este alarde de lujo, era que ocultasen una añadidura que tenía la falda, á la altura de los volantes.

Un canesú de tul blanco, cerrado en el pecho con un gran lazo de cinta azul, hacía el más extraño contraste con el verde del vestido; pero aquel lazo, que cada noche se guardaba en una cajita de cartón, adornaba hacia diez años el canesú de la señorita Arabela cuando se vestía para sentarse á la mesa.

Algunas veces le decía Lady G.:

—Hermana mía, ¿por qué no te pones otro lazo de diferente color?

—¿Para qué? respondía admirada la señorita.

—Por que estarias mejor con lazo verde en el canesú cuando llevas vestido verde, y con lazo azul cuando el traje es azul.

—¡Bah! la moda es una cosa muy inconstan-

te, querida hermana, y las mujeres lo sois más: ¿que más da que el lazo sea azul ó de otro color? está nuevecito y no es cosa de hacer otro.

—¿Y por qué no llevas los trajes altos y sin canesú, tía? preguntaba á su vez María: el canesú no es de moda hace ya muchos años.

—¿Y eso qué importa? ¡cuando yo tenía tu edad, hija mía, estaba muy linda con este mismo canesú: no sé por qué no ha de estar ahora bien!... ¡ah! ¡si todas las mujeres se me parecieran en la constancia de mis gustos, la moda tenía perdido el pleito!

Esto era cierto: pero por fortuna de la moda, ninguna mujer del mundo se parecía á la señorita Arabela: ella era sola y única en su género: era una especialidad en el sexo: era casi un milagro de la creación.

Llevaba el peinado á los cuarenta y cuatro años, del mismo modo que se lo ponía el peluquero cuando tenía catorce: ella se veía muy bonita peinada así entonces, y no alcanzaba la razón de no estarlo despues con el mismo tocado.

Lo que únicamente había suprimido, eran los lazos y flores artificiales, así como toda clase de joyas.

Y no se crea que la economía de Miss Arabela era motivada por la avaricia, no: cuanto ahorraba de sus rentas particulares, que eran muy pingües, lo guardaba para los pobres: ella

misma lo entregaba al señor cura de la parroquia, su confesor, todos los días primeros de mes.

Jamás había pensado la señorita Arabela en que pudiera casarse: jamás había pensado en que pudiera ser dichosa teniendo esposo é hijos: había en ella una gran facultad de amar, una gran necesidad de ternura: pero esta la había empleado toda en amar, respetar y casi adorar á sus padres y hermano: cuando perdió á aquellos, amó además de Lord G. á los hijos y á la esposa de éste con todo su corazón.

Miss Arabela era una alma de ángel encerrada en una figura poco agraciada de mujer: sin embargo, nada había en ella de ridiculez: su alma pura, serena, inocente como la de un niño, se revelaba en todas sus acciones, en todas sus palabras.

Todos la amaban en la casa, y la hubieran amado, donde quiera que estuviese: era imposible no amarla por su complacencia y su actividad.

Tanto como era de severa para sí, era de tolerante para los otros: su constante afán, era el de descansar á todos, el de ver seres felices en torno suyo: jamás reprendía duramente á las criadas: jamás las reprendía, ni aun con suavidad si es que podía evitarlo: las decía solamente:

—Hija mía, esto no está bien así: hazlo de este otro modo, y verás como te sale mucho mejor.

Cuando la terquedad ó la pereza impedía á las muchachas obedecerla, les decía:

—¿Por qué os empeñais en disgustarme? ¿tenéis acaso algún resentimiento conmigo? Vamos, haced lo que os mando por vuestro bien, que Dios os recompensará.

De este modo, los criados por desalmados que fuesen, la adoraban: además, cuando caía alguno enfermo, la señorita Arabela le cuidaba con el mismo celo que pudiera hacerlo una hermana de la Caridad.

Pasábase las noches á su cabecera dándoles los medicamentos que los médicos ordenaban, ó sentada, inmóvil y silenciosa, como la estatua de la paciencia.

VI.

Cuando la señorita Arabela entró en el aposento de María, las mejillas de esta se hallaban inundadas de lágrimas: pero la vista de la camarera que la seguía, hizo que Cármen las enjugase con su propio pañuelo.

Así que la doncella hubo salido, Miss Arabela, levantó la tapa de la caja, y sacó con todo el cuidado posible un lindo traje de baile, que suspendió de su mano izquierda para mostrarlo á la jóven, con semblante cándidamente satisfe-

cho: se fué acercando á la cama, y puso el vestido muy cerca de los ojos de María.

—¡Qué precioso es! ¿verdad, querida mia? dijo, viendo que ninguna de las dos rompía el silencio: es un magnífico regalo que te hace tu padre, y con el cual causarás muchas envidias.

María se hechó hácia atrás con una expresión de verdadero terror.

El vestido no podia ser en efecto más bonito: el trasparente era de tafetan blanco, y lo de encima de gasa de Italia, blanca tambien, bordado de pequeñas espigas de plata.

Para recojer el cabello, habia otras dos espigas grandes de plata.

—¿Para quién es ese vestido? preguntó Cármen á Miss Arabela.

—¿Para quién ha de ser? ¡para la niña! respondió Arabela: su padre ha mandado á una de las mejores modistas de Madrid que le enviase un traje elegante, y ya veis que la eleccion no ha podido ser mejor: dará golpe sin duda en el salon de baile.

—¿Qué baile?

—¿Pues qué, habeis olvidado ya el baile de esta noche?

—¿De esta noche?

—Sin duda.

—¿Pero dónde hay baile?

—En la embajada de Francia.

—¡Ah, es verdad! exclamó Cármen, como

quien recuerda una cosa olvidada desde largo tiempo atrás.

—Por tanto, ya puede levantarse María; ahí fuera le está esperando el peluquero.

—María no puede ir al baile hoy.

—¿No puede?

—No por cierto: está enferma.

—Sin embargo, hermana mia, no debes pasar pena por eso: Osvaldo dice que eso no vale nada.

—¡Ah! ¿lo dice Osvaldo?

—Sí: ya sabes que él entiende algo de medicina: además, tu marido acaba de encargarme que viniese á activar el tocador de María, por que como dice muy bien, el primer tocado de baile de una jóven es siempre muy largo.

—Tia mia, dijo entonces María, que hasta entonces habia sido mudo testigo de la conversacion: haga Vd. presente á mi padre, que estoy enferma y que no puedo levantarme.

—Se lo he dicho ya, hija mia.

—¿E insiste en que me levante?

—Sin duda.

—¡Oh Dios mio! exclamó la jóven cubriéndose el semblante con las manos.

—Vamos, vamos, prosigió la señorita Arabela, que en su inocente afan de conciliar, no advertía que cada vez iba empeorando las cuestiones: vamos, ya sabes que tu padre te quiere, y que no puede equivocarse en lo que toca á tu

bien: vamos, levántate, y al tocador: la distraccion te pondrá buena.

Hablando así la señorita Arabela, sacó de la cómoda y desdobló con todo cuidado un par de medias de seda blanca, y unos zapatitos de raso, tan pequeños, que parecían hechos para los piés de la Cenicienta.

María interrogó á su madre con una triste mirada, y esta le hizo una señal expresiva de conformidad y resignacion.

Ni una sola palabra habló la pobre y sumisa niña: al ver aquella respuesta muda y triste, salió del lecho y empezó á vestirse una bata blanca de muselina.

Cuando ya estuvo con el peinador puesto, entró el peluquero que desprendió sus magníficos cabellos rubios, y empezó á formar con ellos elásticos bucles, que recogió por detrás con las largas espigas de plata.

Era ya el anochecer cuando aquella peregrina cabeza quedó arreglada, segun las últimas prescripciones de la moda: al instante, y advertidas sin duda las camareras de lo que debían hacer, se iluminó el cuarto de María con algunas bugías, y su tia, ayudada de su doncella, se puso á vestirla, en tanto que su madre se retiraba para ocuparse tambien de los cuidados del tocador.

Ya terminaba el de María, cuando entró su hermano en su cuarto: parecia ansioso de ver

cómo le sentaba el traje á su hermana, y cuando la vió hizo un extraño movimiento de contento y de sorpresa.

En efecto, aunque María era hermosa, hasta halagar las más locas esperanzas de su ambicion, jamás se la habia figurado tanto como lo estaba en aquel momento.

El largo traje blanco, le hacia parecer más alta: su talle, esbelto y flexible como un junco, tenia una gracia exquisita: sus ojos azules brillaban como dos záfiro en un globo de diamantes: estaba pálida: pero aquella palidez la daba cierta cosa de aérea y de celestial: parecia un ángel pronto á extender las alas para volver á su pátria.

Cuando ya estuvo del todo vestida, cuando hubo dado la última mano á las blondas que adornaban sus brazos y su pecho, como cascadas de seda, dijo á la camarera.

—Corte Vd. dos dalias blancas del balcon del salon, y tráigamelas.

La doméstica obedeció, y en tanto que salia, Osvaldo echó á su hermana una mirada de enojada admiracion.

—¿Qué capricho es ese? la preguntó; ¿por qué quieres ponerte flores con tan precioso traje? ¿no tienes joyas?

Hermano mio, respondió María: esas flores son para mí desde hoy lo más precioso que existe en el mundo, y lo que más amo en él: si quie-

res que sea ménos desgraciada en el baile, déjamelas poner.

Osvaldo no respondió nada, y María las tomó de manos de su doncella, que entraba en aquel momento.

A las diez de la noche, se reunieron en el salon Lady G., su hija, su esposo y Osvaldo, completamente ataviados para asistir al baile de la embajada de Francia.

Cármén estaba encantadora: llevaba un traje de crespon pajizo, recogido con ramilletes de perlas, y un soberbio aderezo de perlas y diamantes.

Sus guantes blancos dejaban ver una parte de sus hermosos brazos, que parecían hechos á torno, y sus cabellos negros recogidos en trenzas adornadas con sartas de perlas, prestaban á su fisonomía un encanto indecible.

Madre é hija ocuparon uno de los carruajes que los esperaban, y Osvaldo y su padre subieron en el otro.

VII.

Cuando llegaron á la embajada, torrentes de luz y de armonía se escapaban por las rejas del piso bajo.

Era un baile de verano; toda la concurren-

cia iba agolpándose á los jardines, espléndidamente iluminados á la veneciana.

Multitud de damas cruzaban los bosquecillos, vistosamente engalanadas y dando vueltas apoyadas en el brazo de los caballeros: por todas partes habia música, alegría, luces y ruido; por todas partes la animacion y la alegría.

La embajadora recibió á Lady G. y á su hija con la más esquisita distincion, alabó la belleza verdaderamente angelical de María, y encomendó á Osvaldo que las enseñase lo que á él le pareciese lo más agradable del jardín, en tanto que Lord G. hablaba con su esposo de los acontecimientos más interesantes en la política del dia, y en tanto tambien que ella iba á recibir á otras señoras que iban llegando.

Osvaldo se disponia á acompañarlas, para cumplir con los deseos de la embajadora; pero al mismo tiempo miraba en derredor suyo, como si esperase alguna cosa.

Cármén no advirtió su irresolucion: habia concurrido á muy pocas fiestas de aquella clase en su vida, porque su esposo era aficionado al retiro más bien que á los espectáculos, y si entonces asistia á aquel era solo por amor á su hija, y movida por las instancias de Osvaldo, que era la mano oculta que movia todos los intereses de aquella familia.

Por lo mismo, Cármén, á pesar de la triste-